

tales en medio de la cual el mismo Dios daba sus oráculos.

Acudieron obispos de las provincias mas lejanas del imperio, como de la Dacia, del centro de las Galias y de la España; y hasta de la Armenia mayor, que estaba fuera de los límites de la dominacion romana, acudió el obispo Aróstanes; del reino de los persas el obispo Juan; y del pais de los Escitas el obispo Teófilo, en calidad de metropolitano de los godos. Asistieron personalmente al Concilio todos los obispos de las Sillas principales: Alejandro, de Alejandria; Eustaquio, de Antioquia, varon ilustre en virtud y doctrina; Macario, de Jerusalem; Leoncio, metropolitano de Capadocia y maestro de muchos mártires, tanto por su ejemplo como por sus instrucciones. Tambien habia padecido este prelado por la Iglesia, y la hizo un señalado servicio comunicando al primer Gregorio de Nacianzo los principios sólidos que pasaron del padre al hijo Gregorio, llamado el teólogo. Ceciliano de Cartago, célebre por sus virtudes y por los triunfos que consiguió contra los donatistas, se presentó con toda la seguridad que inspira la inocencia reconocida despues de tantas pruebas, y se mostró digno de la justicia que las dos potestades juntas acababan de hacerle. Mas nadie acudió de parte de aquellos cismáticos, que solo cuidaron de servirse de los contratiempos, que llamaban á otra parte la atencion del gobierno, para mover mayores disturbios en Africa.

Contábase veinte y dos obispos del partido de Arrio, entre los cuales hacian el primer papel los dos Eusebios, Paulino de Tiro, Menofanto de Éfeso; y los mas célebres por su obstinacion ó desvergüenza en la impiedad eran Aecio de Lida, Segundo de Ptolemaida en Libia, Teonas de Marmarica, y Teognis de Nicea. Aun en este número de arrianos, que era tan corto en comparacion de los ortodoxos, habia algu-

nos que hacian lo posible por ocultar sus errores.

Ademas de los obispos, veíanse en el Concilio no solo sacerdotes y diáconos, sino tambien varios legos, escelentes dialécticos y muy versados en las sagradas letras; aunque es verdad que no tenian voto en las deliberaciones, y solo habian concurrido para ayudar á los jueces de la fé, ó sea los obispos, á confundir las sutilezas heréticas.

Reunidos que estuvieron todos los Padres, lo primero que hicieron fué tributar á Dios en comun rendidas gracias por el singular beneficio de la paz que acababa de conceder á la Iglesia, y pidieron al Espiritu Santo que iluminase á todo el mundo por medio del concurso de los verdaderos depositarios de la doctrina apostólica. Desde que el mundo era mundo no se habia visto una asamblea tan venerable; pues un solo templo encerraba en su recinto lo mas virtuoso, lo mas docto, y lo mas verdaderamente apreciable que habia en Asia, en Europa y en Africa. El emperador por su parte contribuyó á hacerla mas ostentosa, yendo desde Nicomedia á Nicea luego que supo la llegada de los prelados; pues tenia los mas vivos deseos de ver aquella reunion de Pontífices santos, que por el ardor y pureza de su fé, por la sublimidad de su ciencia y la santa elevacion de sus pensamientos, y aun algunos de ellos por la gloria de sus milagros, representaban tan dignamente á los primeros discípulos del Hijo de Dios. Deseaba asimismo, y por los motivos mas santos, la paz y la union de los que eran de diverso sentir: pues si como señor temporal recelaba que las disputas sobre la Religion habian de alterar la paz del imperio despues de turbar la de los ánimos, temia mucho mas en calidad de principe cristiano que el escándalo de esta division habia de servir de óbice para la conversion de los infieles que era todo su anhelo. Los Padres

por su parte deseaban con iguales ansias estender la obra de Dios, y esperaban lograrlo de su bondad omnipotente, despues del prodigio que acababa de hacer poniendo bajo el yugo de Jesucristo toda la grandeza y orgullo de los Césares.

El dia señalado para la sesion pública y solemne era el 19 de junio de este año 325. En estos primeros Concilios habia siempre una sesion principal, en la que debia tratarse del objeto directo de la dificultad; y en ese dia duraba mucho tiempo la asamblea, pues principiaba á las ocho ó las nueve de la mañana, tomando los Padres algun alimento antes de entrar, y comunmente concluia con el dia, y muchas veces, aun en los dias mas largos del estío, salian con luz artificial. Antes de este dia decisivo se reunian para ilustrar y preparar las materias; y así hubo en Nicea frecuentes conferencias en las cuales se trataron los puntos de doctrina, y á muchas de ellas se mandó entrar á Arrio con sus defensores (1).

Este atrevido no ocultó su modo de pensar y dijo francamente que el Hijo de Dios habia sido criado de la nada; que no habia existido siempre, que por su naturaleza era mudable, y que por su libre albedrío habia querido permanecer bueno, pudiendo igualmente abrazar el partido del vicio: en suma, que era una criatura y obra de Dios. Y aun sirviéndose de palabras sacrilegas y de comparaciones repugnantes, añadia que el Hijo de Dios era enteramente extraño al Padre respecto á la sustancia; que no era el Verbo, ó la propia sabiduría, ni la virtud natural y verdadera; y que la Sagrada Escritura le atribuye este nombre, no de otra manera que lo dá á las orugas y á las abispas. Lejos de estremecerse los obispos protectores del heresiarca, le oian friamente proferir estos horrores.

(1) Sozom. lib. 1 hist. cap. 17.

Mas todos los demas se tapaban los oidos y temian hacerse cómplices del blasfemo por solo escucharle. Mostróse repentinamente en todos una indignacion general: muchos de ellos con el objeto de sofocar mas pronto la impiedad, la quisieron condenar universalmente y sin mas exámen, clamando que se atenian á la fé recibida desde el principio y perpetuada por la tradicion; pero otros les representaron que nada debian hacer sin que precediese la deliberacion y el mas maduro exámen. Por lo cual varios obispos sábios y teólogos profundos refutaron con el mayor vigor las novedades impías, fundándose en los libros santos, en los escritos de los primeros Padres, y en las reglas de la mas sana lógica. Empero ninguno se distinguió tanto en esta grande obra como el diácono Atanasio.

El patriarca de Alejandria juzgó que este sugeto, á pesar de sus pocos años, era capaz de contrarrestar á los mas obstinados sectarios; y el resultado mostró que no anduvo errado en su prediccion. Atanasio, aunque no tenia treinta años cumplidos, llenó de admiracion á toda la Iglesia. Sus eminentes talentos cultivados con una escelente educacion, un espíritu vasto, sublime, mucha viveza y penetracion, una aplicacion y erudicion asombrosa en todas materias, bien que sin hacer ostencion de ella, un valor heróico y superior á todos los trabajos y á todos los peligros; un amor á la Iglesia cual jamás lo tuvieron por la patria ni griegos ni romanos; una actividad y destreza sin ejemplo en los negocios; un tino y una penetracion singulares para encontrar recursos, cuando parecia que todos estaban agotados: todas estas eran cualidades que establecian una justa proporecion entre este doctor esclarecido y el encargo que tuvo, tan sublime y tan difícil, de defender la fé en el ataque mas violento que acaso padeció jamás. Pero sobre todo, su pru-

dencia era incomparable; pues los enemigos envidiosos que le observaban de continuo, nunca tuvieron la satisfacción de verle dar un paso en vago; y así como lograba atraer protectores la buena causa, y unir entre sí á los ortodoxos y mantener correspondencias provechosas; así igualmente supo sacar partido de los ánimos mas indiferentes, y de esos amigos indolentes que son á las veces mas nocivos que los mismos enemigos. Parecía leer en el fondo de los corazones; los fieles estaban persuadidos de que Dios le revelaba los designios de sus contrarios; y estos le acusaban de que los penetraba por los secretos de la magia. Mas su piedad noble y sencilla, tal como el Evangelio la requiere, y los dones con que el Espíritu Santo había hermozeado su alma, sobrepujaban en él á los de la naturaleza. No tenía otro objeto que Dios y la Iglesia, cuyos intereses y los suyos fueron inseparables en cincuenta años de combates continuos que, haciendo titubear á una multitud de obispos, fueron para él una larga serie de triunfos; desde el fondo mismo de las grutas y de los sepulcros, en donde se vió precisado muchas veces á ocultarse, hizo temblar á sus perseguidores por mas apoyo que hallasen en el poder imperial.

A pesar de esto, su exterior no era muy recomendable, porque era pequeño y de menos que mediana presencia; mas la grandeza y magnanimidad de su alma se veían pintadas en sus ojos y en la inmutable tranquilidad de su rostro. En fin, su afabilidad en el trato, su complacencia y natural alegría le captaban las voluntades de todos.

Desde que se presentó en Nicea escitó la admiración general, tanto por lo profundo de su doctrina, como por su elocuencia persuasiva y nada afectada, que siempre se dirija al fin con una rapidéz que apenas conocían los Orientales. Despreciando los respetos humanos, hizo frente á Eusebio

de Nicomedia, el hombre mas altivo de su siglo, cortesano antiguo y astuto, que cuando favorecía exigía muchos obsequios, y cuando se declaraba enemigo se encarnizaba cruelmente. No es, pues, de estrañar que los arrianos principiases á temer desde entonces á Atanasio como á su mas terrible antagonista, mientras los fieles le miraban como un sostén invencible de la fé católica.

Cerca de un mes antes de la sesión pública y solemne del Concilio, se había trasladado el emperador á Nicea. Parece que varios obispos arrianos le presentaron memoriales quejándose de sus colegas; él los recibió con un aire sério é indiferente, hizo los afar todos juntos despues de sellarlos, y mandó que se los guardasen hasta cierto día en que pudiera leerlos. Aplicóse en este tiempo con toda la indulgencia y dulce actividad de un ángel de paz á reunir los ánimos y disipar las sombras de la disension; por fin, mandó le trajesen los memoriales y los entregó á las llamas en presencia de los obispos, asegurándoles que ni uno siquiera había leído (1). «Solo toca á Dios el condenar ó absolveros, les dijo al mismo tiempo; por lo que á mí hace, que no soy mas que un hombre, sin carácter en el orden de las cosas santas, jamás me entrometeré á juzgar á los mismos que él estableció en lugar suyo para juzgarnos á nosotros (2).» Exhortóles despues con las palabras mas enérgicas á perdonarse los unos á los otros, y á que si fuera preciso hacer justicia en los puntos esenciales, no se publicase cosa alguna, aun en este género, que pudiese escandalizar á los pueblos, añadiendo despues que si viera por sus propios ojos á un obispo cometer una falta vergonzosa, al punto le cubriría con su púrpura para ponerle á cubierto de la malignidad pública.

(1) Cod. Theod. lib. 1, cap. 3.

(2) Rufin. lib. 2, cap. 2.

El emperador quiso tambien que los Padres se reuniesen en el palacio imperial con la magestad que convenia al estado de la Iglesia, libre ya de la servidumbre y protegida por el soberano del mundo. En la sala mas grande del palacio de Nicea se pusieron por ambos lados unas largas filas de bancos para todas las personas que habían de tener entrada en el Concilio segun su orden, y en el medio se alzaba un trono ricamente adornado, en el que se puso el libro de la Sagrada Escritura, como representando al Espíritu Santo que la había dictado é iba á interpretarla por el órgano de los Pastores á quienes se había prometido su perpétua asistencia.

Despues que la grande y humilde fé del emperador reconoció con edificacion de todos que no tenía autoridad alguna en esta clase de juicios, no se trató de señalarle lugar preferente, ni se pudo hacerle aceptar otro asiento que el de una silla pequeña colocada separadamente en una de las estremidades de la sala, y que solo se distinguía por la riqueza de su materia, pues era de oro.

Mas esta misma humildad aumentó el respeto en los Padres del Concilio levantándose todos á su entrada con silencio profundo, y mostrando una religiosa alegría (1). Se presentó en el salon sin guardias, acompañado únicamente de algunos de sus ministros que eran cristianos. La hermosura de su rostro, que á los cincuenta años conservaba todas las gracias de la juventud, su fisonomía grata y espresiva, unos ojos en extremo vivos, su buena presencia, su andar grave y magestuoso, y su estatura mayor que la de todos los que le rodeaban, eran circunstancias que llamando la aten-

cion de todos daban á conocer desde luego al soberano de aquella augusta y numerosa asamblea. La púrpura que vestía estaba llena de oro y piedras preciosas: él tenía los ojos bajos con una singular modestia, y en su semblante se notaba un humilde rubor que en aquel congreso, compuesto casi todo de Santos, daba de él una idea mucho mejor que todo el fausto de la grandeza y soberanía. Así que llegó á su puesto permaneció en pié, y no se sentó hasta que los Padres le instaron por señas á que lo hiciese, y despues á su vez hizo se sentasen todos.

Entonces uno de los principales prelados de la asamblea, que estaba en el primer asiento del lado derecho y cuyo nombre no se sabe con certeza, se levantó y felicitó al príncipe por todos los beneficios que había recibido de la mano del Señor, rogándole al propio tiempo que continuase haciendo uso de los favores divinos para la prosperidad de la Iglesia. Despues de haber reflexionado algunos momentos, respondió Constantino que miraba como una de las mayores gracias del cielo la dicha de estar entre tantos escelsos varones, que no tenía duda de que por su medio iban inmediatamente á tener fin las funestas disensiones que habían avivado las esperanzas de los enemigos del cristianismo, y de que unos hombres tan eminentes en virtud y sabiduría se entenderían y reunirían sus esfuerzos para esterminar enteramente el mónstruo de la idolatría. El emperador pronunció su discurso en lengua romana ó latina, por sostener la magestad del imperio romano; mas al instante lo vertieron al griego para la inteligencia de muchos Padres que siendo orientales lo entendían mejor que el latin.

Acabado el discurso, examinaron los obispos la cuestion de fé con la atencion mas escrupulosa y con toda la libertad que el emperador declaró que les dejaba. Arrio fué

(1) Euseb. in vit. Const. M. lib. 1, cap. 2.

de nuevo interrogado sobre su modo de pensar, y la presencia del emperador no fué obstáculo para que sostuviese sus primeras blasfemias. Los Eusebianos, al tiempo mismo que pretendían paliar sus impiedades, proferían otras tan grandes y aun mucho mayores en el fondo, consecuencia necesaria de sus detestables principios, abriéndose, según la expresión de la Escritura, un nuevo abismo debajo del primer abismo. En fin, ellos mismos quedaron atónitos al ver los horrores y absurdos de su sistema luego que se los pusieron á la vista; contradecíanse, y se desmentían unos á otros, y confesaban su propia vergüenza con el silencio y la confusión que cubría su rostro. Confundidos así por los ortodoxos, espusieron estos la creencia de la Iglesia, y Constantino lo escuchaba todo con una paciencia y una dulzura inalterables, aunque la disputa fué muy viva á los principios. Comprendía con admirable precisión los puntos esenciales de la cuestión; hacía los presentes á unos, moderaba el excesivo acaloramiento de otros, y hablaba á todos con una bondad y una gracia que cautivaba los corazones, valiéndose para esto de la lengua griega que hablaba elegantemente.

Leyóse una carta de Eusebio de Nicomedia, que presentaba la heregía de un modo palpable y manifestaba la trama de los sectarios; pero su contexto escitó tan general indignación que la hicieron trizas en público con vergüenza y confusión de aquel orgulloso obispo. Mas no por esto se intimidaron los partidarios; antes bien, presentaron una confesión de fé compuesta, según se dice, por Eusebio de Cesarea, que era más moderado que el de Nicomedia y mitigaba mucho las blasfemias de Arrio. Pero se halló que estaba defectuosa, porque no explicaba bien la generación eterna del Verbo; y así se suscitó en el Concilio un susurro, que paró en clamar todos

los Padres que estaba conocida la perfidia y doblez con que procedían los sectarios.

Preguntóse pues á estos si reconocían que el Hijo de Dios es la Sabiduría eterna del Padre, inmutable, siempre subsistente en él; en suma, que es el mismo Dios que él, y Dios verdadero (1). Esta pregunta era tanto más embarazosa cuanto no había sido prevista por los sectarios, y así permaneciendo por algún tiempo perplejos y sin contestar, se notó que hacían entre sí ciertas señas y decían algunas palabras en voz baja; mas resolviéndose después á seguir con su ficción ó impostura, admitieron todos aquellos atributos del Hijo de Dios, dándoles entre sí el sentido que más les plugo.

Para desvanecer todos los designios del artificio infernal inspiró el Espíritu Santo á los obispos la palabra *consustancial*, en griego *homousion*, que tal nombradía ha tenido después y ha sido siempre el terror y la ruina de la heregía de Arrio; porque no hay otra expresión que explique con tanta energía y precisión la semejanza perfecta ó la igualdad del Padre y del Hijo, relación que no puede haber entre las Personas Divinas sin identidad de sustancia. El obispo de Nicomedia conoció mejor que nadie la fuerza de esta palabra, lo cual se había notado claramente desde la lectura de su carta impía que se acababa de rasgar; pues en ella se resistía á dar al Hijo el epíteto de increado, precisamente porque creyéndole tal, era necesario confesarse también que es de la misma sustancia que el Padre ó consustancial al Padre.

No osaron los hereges manifestar este motivo impío; pero desecharon aquella palabra con desprecio y como con escándalo, diciendo que se hacía una novedad, introduciendo un término que no se encontraba

(1) Theodoret. *lib. 8, cap. 8, et 9.*

en las Sagradas Escrituras. Mas no fué difícil probar que el Apóstol veda en los términos solo las novedades profanas como las que ellos querían propagar, pero no las expresiones que se hacen necesarias para confundir los errores nuevos. No obstante, se les hizo ver que la palabra *consustancial* no era nueva en el lenguaje eclesiástico, y que algunos ilustres doctores, como San Dionisio, Papa, y San Dionisio de Alejandría, la habían usado en el sentido de que se trataba, á saber, para asegurar que el Hijo de Dios es de la misma naturaleza que su Padre y no obra suya. La erudición de Eusebio de Cesarea no le permitió contradecir á esta razón. Escluyéronse de esta palabra todas las significaciones groseras que podían presentar alguna imagen corporal, como de emanación ó división; y el emperador, aunque poco versado en materias teológicas, entendió con todos los asistentes de buena fé que tal generación nada tiene que no sea espiritual, sublime y adorable como la divinidad á quien se le atribuía. Manifestóse también la diferencia que hay entre esta palabra tomada en el sentido católico, y la misma entendida en el sentido grosero por el que la había desechado el Concilio de Antioquia, dando margen á ello Pablo de Samosata, que pretendía valerse de ella para sostener sus monstruosos errores.

Después de haber desvanecido todas las dificultades y escogido las expresiones más adecuadas para proponer el dogma católico, formó Osio su símbolo y lo escribió Hermógenes, obispo que fué después de Cesarea, en Capadocia. Decía así: «Creemos en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Criador de todas las cosas visibles é invisibles; y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado del Padre, es decir, de la sustancia del Padre; Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y no hecho; consustancial al

Padre, por quien han sido hechas todas las cosas en el cielo y en la tierra (1); que por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió de los cielos, se encarnó é hizo hombre; padeció, resucitó al tercer día, subió á los cielos, y vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos. También creemos en el Espíritu Santo. Por lo que toca á los que dicen: *hubo cierto tiempo en que no existía, y no era antes de ser engendrado, y ha sido sacado de la nada*, y los que pretenden que el Hijo de Dios es de otra hipóstasis ó de otra sustancia, bien sea mutable, bien sea alterable, la Santa Iglesia Católica y Apostólica los anatematiza.»

Esta fórmula de creencia fué firmada por todos los obispos, á escepción de diez y siete (2). Constantino, que había dejado á todos en plena libertad de decir su dictamen, y mostrado una especie de indiferencia antes de la decisión del Concilio, amenazó, inmediatamente después, con su indignación á los que permaneciesen indóciles. Tan solo cinco de ellos continuaron en serlo, esto es, los dos africanos Teonas y Segundo, Teognis de Nicea, Maris de Calcedonia, y el famoso Eusebio de Nicomedia, el que como patrono principal de la secta quiso hacer alguna resistencia antes de rendirse. Respecto á Eusebio de Cesarea, que era menos emprendedor y de un natural no tan resuelto, obedeció al momento y admitió el término *consustancial*, que con tanto calor había combatido la víspera. Luego que el otro Eusebio vió que sería perderse el continuar en su resistencia, y que ni el crédito ni el favor le habían

(1) Se adoptaron estas expresiones para condenar los errores de las sectas gnósticas que admitían la eternidad de la materia y atribuían la formación del mundo á génius inferiores al Dios supremo.

(2) Theodoret. *lib. 7, c. 8.*